

Mujer, violencia y racismo en la narrativa de Alice Walker. Meridian Hill y el despertar de la mujer afroamericana

Nadie podría desear una herencia más afortunada que la de la de una escritora negra en el sur norteamericano: una compasión por la tierra, una confianza en la humanidad más allá del conocimiento de la maldad, y un infinito amor por la justicia. Heredamos una gran responsabilidad, pues debemos poner voz a siglos de silenciosa amargura y odio, sin dejar atrás nuestra amabilidad y amor.

B.T. Christian

INTRODUCCIÓN

En los albores de un nuevo siglo, a punto de despertar a una nueva época, no parece ético ni solidario obviar injusticias sociales de gran magnitud, como la sufrida por las mujeres afroamericanas en los últimos siglos. Aunque en recientemente han surgido movimientos organizados en favor de grupos minoritarios y de colectivos marginados, la situación no es comparable con la vivida en los Estados Unidos en los años sesenta. Tras la eclosión de movimientos activistas en respuesta a los masivos desequilibrios sociales existentes –grupos de apoyo a los derechos sociales, en contra de la guerra de Vietnam, a favor de las minorías étnicas– un grupo de autores pretendieron plasmar, en su obra narrativa, la situación real de esos años.

Durante las últimas tres décadas dichos movimientos han permanecido activos, aunque la repercusión de los mismos ha sido menor. No obstante hay una figura que ha permanecido fiel a su cruzada personal contra cualquier tipo de desigualdad social, étnica, religiosa o sexual. Alice Walker se ha mantenido como punto de referencia para posteriores generaciones de autoras comprometidas con la situación real de la mujer dentro de una sociedad conservadora como la norteamericana. Junto con otras autoras de su misma época y compromiso (Marge Piercy, Toni Morrison) ha mantenido alto el listón de la narrativa femenina norteamericana.

Ante la dimensión de la obra de Walker, y tras haber leído recientemente un buen número de artículos acerca de sus más recientes novelas y ensayos,¹ tomé

* Profesor de Filología Inglesa de la Universitat Jaume I.

¹ Al margen de textos aparecidos en publicaciones específicamente dedicadas al mundo de la literatura, y de suplementos dentro de periódicos de tirada nacional como *El País/Babelia* y *El Mundo*, la obra de Walker está siendo analizada y comentada por un gran número de autores en revistas de investigación feminista. Sin ir más lejos, en el pasado número de *Asparkia*, la profesora Núñez publicó un interesante análisis sobre *Possessing the Secret of Joy*, una de las más recientes obras de Alice Walker.

la decisión de crear este artículo, debido a que considero que muchos de esos aspectos que ahora se están valorando acerca de la figura literaria de Walker ya aparecían en 1976, año de publicación de *Meridian*; esta obra es, en mi opinión, su texto más completo y comprometido, en el cual la autora nos narra la historia, parcialmente autobiográfica, de una activista afroamericana en la América de los años sesenta. La obra puede ser definida como un intenso *tour de force* alrededor de aspectos como la hibridez racial, la violencia masculina y el papel de la mujer en la sociedad norteamericana durante la década de los sesenta.

Asumiendo esta premisa, quisiera comenzar el presente artículo esbozando brevemente una imagen de la narrativa norteamericana feminista, para poder comprender mejor el papel que autoras como Alice Walker han desempeñado dentro de este entorno.

LA NOVELA FEMINISTA NORTEAMERICANA

La narrativa universal, y en especial la novela como género concreto, ha otorgado frecuentemente un mayor énfasis a la figura masculina como protagonista absoluto de las historias, mientras que la presencia de la mujer ha tendido tradicionalmente a ser un mero elemento de carácter secundario. Distintos estudios sobre la presencia de la mujer en la literatura abogan por una supremacía histórica del varón, tal y como apunta Kate Millett en su *Sexual Politics*, donde señala que la mujer ha sido históricamente oprimida por un sistema patriarcal en el que el sexo es una forma permanente de dominación. La inferioridad política y social de la mujer es palpable en las obras de autores de distintas épocas y estilos. Así Webster (1988 : 231) comenta que este tipo de ideología puede verse claramente reflejado en novelas procedentes de diversos países y momentos, como las obras de D.H. Lawrence, Henry Miller, Norman Mailer y Jean Genet parecen demostrar. Este papel preponderantemente masculino dentro del arte literario solamente había sido roto de manera puntual por figuras femeninas como Jane Austen, pero con la única finalidad de mostrar ciertas cuitas de la época, tales como la búsqueda de un marido adecuado y la posterior subordinación conyugal a éste.

Por otro lado, la aparición de la mujer en la literatura tendía a ser, hasta hace bien poco, la mera representación de un objeto que debía ser observado con atención, probablemente a causa de la fascinación que despertaba tanto en el autor como en sus posibles lectores. La representación femenina era, por tanto, patrimonio casi exclusivo de los hombres, como comenta Moliner (1994) :

Esa representación [...] está condicionada por un punto de vista, que obviamente es el masculino, de manera que surge la primera parcialidad con que la literatura ha tratado a las mujeres y la evidencia de que, hasta

bien entrado el siglo veinte, la producción literaria ha sido monopolizada, como tantos otros sectores de la cultura, de la ciencia y del mundo en general, por el sexo masculino. Ello ha provocado no sólo el absoluto protagonismo de éste, sino también, como ya hemos indicado, la centralización del punto de vista en el varón. (1994 : 87)

Si bien todo esto es cierto, la situación cambió a partir de los años sesenta. Inmersos en el proceso renovador que vive la sociedad norteamericana durante esta época, aparecen con fuerza diversos movimientos sociales que tienen su reflejo en las distintas tendencias literarias imperantes en aquel momento. El movimiento feminista no es una excepción, y la aparición de diversas autoras que escriben sobre mujeres bajo un prisma social fomenta el nacimiento de una nueva literatura. Uno de los ejemplos más destacados de esta nueva narrativa es Alice Walker.

ALICE WALKER

Alice Walker es considerada como una de las escritoras afroamericanas más populares del siglo XX. Nacida el 9 de Febrero de 1944 en el seno de una modesta familia de agricultores en Eatonton (Georgia), Walker empezó a escribir relatos y poemas desde los ocho años, a causa de su reclusión casi total en su propia casa. El motivo fue un accidente en el que perdió un ojo y a causa del cual decidió no salir a jugar con otros niños, sino permanecer en su hogar creando un mundo paralelo. Este accidente es el detonante de su actividad investigadora y literaria, ya que la autora, posteriormente, consigue una beca para estudiantes con algún tipo de merma física pudiendo así cursar estudios en el prestigioso Spelman College de Atlanta. Esto sucede en 1961, y permanece en este centro hasta que sus mentores descubren que ha empezado a tomar parte en diversas manifestaciones. Tras ser expulsada de dicha Institución, continúa sus estudios en el Sarah Lawrence College de Nueva York, en 1963. En este centro neoyorkino, de conocidas tendencias liberales, consigue acabar sus estudios en 1965, tras haber realizado una estancia como estudiante en intercambio en Uganda.

Es tras este período cuando Walker se centra en observar la situación real de la población negra en la América rural. Con esta finalidad, la autora se dirige a Mississippi para ocuparse, entre otras tareas, de organizar el censo. Allí observa cómo vive la mujer afroamericana, sufriendo silenciosamente no tan sólo por ser negra en una sociedad predominantemente blanca, sino también por ser mujer en un ambiente totalmente controlado por hombres. En los años siguientes Walker se casa con un abogado blanco (Mel Leventhal), da a luz a su hija Rebecca y comienza su carrera como profesora en diversas instituciones educativas norteamerica-

nas (Jackson State, Tougaloo, Wellesley College). A la vez que imparte literatura e historia, extiende su trabajo a la creación de diversos relatos cortos y poemas.

Sin ningún tipo de dudas, el detonante de su labor creativa lo constituye su adhesión al «Black Studies Friends of the Children of Mississippi», un grupo de trabajo pro-derechos civiles que se constituye en 1967, y en el que Walker se ocupa de recopilar historias de mujeres negras quienes, en muchos casos, son claros alegatos contra «instituciones» tradicionales tanto norteamericanas (supremacía blanca, esclavitud, violencia xenófoba), como costumbres ancestrales africanas (sometimiento de la esposa de color a su marido, mutilaciones genitales femeninas). En todos estos casos, la labor de Walker es la de convertir esas confidencias orales en testimonios escritos, intentando desarrollar historias que sirvieran como alegato en pro de una mayor libertad de la mujer de color en una sociedad represiva. No obstante, y en contraposición a muchos otros autores como Richard Wright, Ralph Ellison, Walker pretende dotar a sus textos de un estilo íntimo, en el que la mujer afroamericana sea capaz, poco a poco, de observar la situación con frialdad e intente tomar las medidas adecuadas para lograr su libertad. *Meridian* es quizá la narración en la que este sentimiento de control progresivo se vea con mayor claridad tanto bajo un nivel psicológico como político.

LA MUJER AFROAMERICANA

El papel de la mujer de color cambia progresivamente durante los años setenta, quizás debido a la aparición de nuevos líderes dentro del *black power movement* tras los asesinatos de Martin L. King y de Malcolm X. Estos nuevos cabecillas (Andrew Young, Ralph Abernathy), cuya postura al respecto de una apertura feminista parece ser más pragmática, optan por dar progresivamente mayor importancia política a un grupo de mujeres encabezado por Audre Lorde, Sonia Sánchez y Nikki Giovanni. Dentro de este clima más liberal aparece la obra narrativa de Alice Walker.

Asumiendo una posición política claramente progresista, Walker trabajó en diversas colecciones de relatos y poesía, así como en unas cuantas novelas de gran éxito (siendo *The Color Purple* probablemente su obra más internacionalmente conocida, gracias sin duda a su posterior adaptación cinematográfica). No obstante, destaca el profundo afán de Walker por mantener sus orígenes literarios, centrando la mayor parte de su obra en el desarrollo de un tema recurrente: la mujer afroamericana en los ambientes rurales del sur de los Estados Unidos. Su más famoso ensayo, *In Search of Our Mothers' Gardens*, es un ejemplo de la obsesión de la autora por narrarnos el trabajo de una mujer en la América rural y profunda. En este relato, resumen de lo que será gran parte de su obra narrativa, el personaje central, la madre de la autora, pasa sus días trabajando en una granja. Al ponerse el sol, tras un día agotador, camina varias millas hasta un

pozo para poder traer agua con la que cultivar un pequeño jardín que ha plantado en la puerta de su casa. El relato es una alegoría sobre la actividad artística de la mujer afroamericana en América: para poder conseguir los frutos apetecidos, la autora habrá de ubicar todas sus plantas de la manera más adecuada posible, de modo que su dedicación consiga el logro deseado, la búsqueda de una belleza plasmada en obra de arte, bien en forma de jardín o de discurso narrativo.

Intentando desarrollar su interés por hacer que la mujer pase a un primer plano artístico dentro de una sociedad en contra de cualquier principio de igualdad, la autora publica en 1970 su primera novela, *The Third Life of Grange Copeland*. En esta obra Walker incluye referencias a discriminaciones raciales y sociales dentro de comunidades afroamericanas. El texto invita también a un análisis pormenorizado de todos aquellos movimientos pro-derechos humanos que aparecieron a finales de la década de los 60 en Norteamérica, en los que ella tomó parte como activista. Parece esta novela un primer punto de inflexión hacia el análisis interior que es *Meridian*. Publicada por primera vez en 1976, es la historia de una mujer que, paso a paso, es capaz de despertar a una nueva vida. La obra es el sueño de una mujer oprimida, un intento por obtener el control de su propio destino.

Alice Walker, autora comprometida con todos esos movimientos renovadores aparecidos en los años sesenta, desarrolla en *Meridian* una imagen global de la eclosión del movimiento feminista en Estados Unidos. Con esta finalidad, la autora desarrollará la génesis de sus personajes al mismo tiempo que la del movimiento del que forma parte, recreando el nacimiento del feminismo en la Universidad Norteamericana hace más de tres décadas. Lo interesante de la obra de Walker es que hace todo esto sin dejar de lado otros aspectos sociales intrínsecamente relacionados con el tema de los derechos civiles en los Estados Unidos, como bien pueden ser el racismo y el uso de la sexualidad como medio de violencia. Como comentó Showalter en su análisis de la evolución literaria en los años 60, el éxito de escritoras como Walker estriba, en gran medida, en su capacidad de aceptar que el odio y la sexualidad son fuentes del poder creativo femenino. Esta idea también aparece en *Vida*, la conocida novela de Marge Piercy, quien compara el odio con el amor desde un prisma sexual, indicando que ambos sentimientos son la expresión más desarrollada de las pasiones humanas.

El argumento de *Meridian* explora la vida de dos mujeres intelectualmente comprometidas en una universidad norteamericana en los años sesenta, y analiza el nacimiento de una conciencia racial en dicho país. En el caso de una de las protagonistas, Meridian Hill, dicha conciencia se circunscribe a su nacimiento intelectual como mujer, lo que representa el núcleo argumental del relato. Conviene recordar que el texto es parcialmente autobiográfico, ya que Alice Walker recibió su educación en un centro como el que describe en su relato, el Spelman College, en el que cursó estudios durante un par de años antes de graduarse y comenzar su carrera como escritora. Este será el espacio narrativo en

el que se desarrollará la acción, influyendo en la misma de manera patente, puesto que avivará los instintos de superación de una mujer afroamericana dentro de un ámbito mayoritariamente regido por hombres. Esta postura es también comentada por la misma autora y por otros críticos (Butler-Evans, 1989; Russell, 1992; Christian, 1994).

La novela en cuestión, una de sus obras menos conocidas en nuestro país, comenta el uso de la violencia por parte del varón como cortapisa a la creciente libertad femenina en una sociedad en la que la mujer ha de despertar a una nueva forma de vida de modo indefectible. Esta violencia, más profundamente explorada en otras obras de la autora (y de manera altamente notable en el tránsito epistolar que conforma *The Color Purple*), hará que la mujer, representada por una de sus protagonistas (Meridian), tenga que elegir entre abandonarse a su suerte y vivir a expensas de los caprichos de un hombre que le dé hijos, o inicie una nueva vida separada de las tradicionales prácticas machistas expresadas por Walker en la obra. La elección de la protagonista será la de apartarse de la tradicional figura sumisa de la «mujer-madre», modelo que sí obedecen alguna de sus compañeras de estudios. Walker, de este modo, pone en tela de juicio la educación impartida en estos centros norteamericanos, donde la mujer, a pesar de recibir una educación superior, también parece ser dirigida a un simbólico callejón sin salida representada por su sumisión ante el varón.

GÉNERO Y RAZA COMO RASGOS DEFINITORIOS

La primera característica formal del texto es el mimetismo social representado por la autora mediante la comparación de sus dos personajes. Así Meridian es una mujer afroamericana, quien conoce en sus primeros años de estudios a Lynne, una compañera blanca. A partir de la relación entre ambas protagonistas, Walker define las diferencias sociales entre ambos colectivos. Su punto de partida es el análisis de la actitud tomada por una mujer blanca, Lynne, quien intenta integrarse en una sociedad negra. Teniendo en cuenta ese choque racial, la utilización de la violencia parece ser casi predecible. Al igual que en *The Confessions of Nat Turner* William Styron definía a su personaje como un marginado debido a su sometimiento por parte de una sociedad blanca dominante, Walker considera a Lynne como una mujer cuestionada y marginada dentro de un ambiente predominantemente afroamericano. Además, a esto se une el odio ancestral del hombre afroamericano por su opresor, junto con la profunda atracción que siente éste por la mujer blanca, como ya desarrollara Richard Wright en *Native Son*. No es difícil, por tanto, esperar que el texto muestre claras muestras de violencia tanto física (malos tratos por parte de Truman hacia ambas protagonistas, así como una violación) como psíquica (diversas muestras de rechazo social tanto hacia Lynne como hacia Meridian).

Meridian, la antagonista de Lynne en la narración, conoce la verdad de la historia, pues entiende las dos posiciones. Por un lado ella es negra, y entiende el rechazo social que ella misma sufre por parte de la sociedad blanca. No obstante, lo que más le hace comprender el comportamiento de Lynne es observar la situación desde el prisma de una mujer que es vejada sistemáticamente por el hecho de ser tenida como un ser menor por parte de Truman, su pareja, quien se hace llamar activista. No obstante, y a pesar de su amistad por Lynne, Meridian parece no tomar parte a favor de nadie durante gran parte del texto, manteniéndose al margen, y afirmando no estar en posesión de la verdad total. A pesar de su amistad, Meridian sabe que pertenece, en cierto modo, al grupo que está hiriendo a Lynne y, muy a su pesar, entiende la situación y parece conocer la imposibilidad de un triunfo total en caso de una posible rebelión contra el sistema. Walker parece dejar claro que la opinión radical imperante en la América negra en los sesenta, en contraposición con las teorías de Martin Luther King, era la de luchar contra el racismo con sus propias armas, mediante las doctrinas del «Black Power» expresadas por sus líderes sociales y religiosos. No obstante, la duda surge acerca de cómo luchar contra el machismo predominante en ambas sociedades, y su representación en forma de violencia. Ni Walker ni su *alter ego*, Meridian Hill, parecen tener la contestación a esta pregunta durante el desarrollo de la novela.

VIOLENCIA FÍSICA Y PSICOLÓGICA

La violencia física es ejecutada por un grupo de hombres negros contra una mujer blanca. No obstante, la narradora implica la «no-inocencia» de Lynne. Según Walker, su protagonista es «culpable» de intentar integrarse en una sociedad a la que no pertenece, al no ser del mismo color que sus componentes naturales por lo que su desarraigo es total. La autora define a su personaje como un *outcast*, un ser marginal, siendo rechazada por la población blanca al acercarse en demasía a los negros, así como por estos últimos por no ser un miembro natural de ese grupo. No obstante, una segunda lectura parece ir más allá del simple sufrimiento de la protagonista; analizando la obra con atención, Lynne actúa como mártir quien, mediante su sufrimiento, pretende redimir de su ancestral pecado al resto de la sociedad blanca norteamericana.

Si bien la respuesta racial puede ser explicada por la anterior imagen, la actitud vejatoria por parte de Truman y sus amigos es bastante más compleja. Lynne es despreciada por los hombres, por el mero hecho de ser una mujer, sin importarles su color. De hecho, la renuncia de Lynne a sus raíces acomodadas por el hecho de vivir junto a Truman, integrándose en su mundo, no deja de ser sino un paso hacia una degradación moral y física. No obstante, lo más destacable es la actitud de este personaje, quien es parte integrante de un movimiento

en defensa de los derechos de la mujer afroamericana : a pesar de su trabajo por ellas, esas mismas mujeres también la rechazan por no ser más que una extraña invadiendo un espacio que no le pertenece. De este modo Walker, una mujer negra, denuncia las prácticas que el hombre afroamericano ha realizado contra mujeres de su misma raza durante largos años, incluyendo aspectos tales como encadenamientos, torturas físicas, violaciones e incluso mutilaciones,² basadas en irracionales tradiciones ancestrales. No obstante, también parece poner en tela de juicio a la mujer, quien no asume que ha de rebelarse contra el sistema para poder conseguir su propio control como persona.

El elemento más sorprendente de la historia, en lo referente a la violencia física, ha de ser sin duda la violación que sufre la protagonista de la novela. Como comentamos con anterioridad, Wright definió en *Native Son* la profunda atracción del hombre afroamericano por la mujer blanca, atracción que, en su opinión, está basada en la búsqueda de la venganza por medio del acto sexual, del cual la violación es su vertiente más extrema. Es uno de los compañeros de Truman, Tommy Odds, quien demuestra todo el odio que el hombre de color siente ante la mujer blanca y, al mismo tiempo, la profunda atracción que siente por ella (pág. 158):

Él deseaba hacer el amor con ella. Ante todo, por ser blanca, lo que significaba que ella asumiría estar en control. Y porque él quería, al principio, forzarla a tenerle de forma que ella sintiera una mezcla de repulsión y emoción. Pensó en colgarla en un árbol, atando una soga a su larga melena, y dejar que su propio peso gradualmente le arrancara el pelo de su cabeza. Se preguntaba si eso sería lo que le sucedería en realidad a una persona colgada de esa manera.

Es precisamente Tommy Odds quien, como parece premonitorio en este fragmento, llegará a las últimas consecuencias y violará a Lynne. No obstante, y éste es quizás el aspecto más interesante de la novela, la diferencia en cuanto al grado de agresión depende de la lectura de los hechos desde un prisma masculino o femenino. Lo que para un personaje masculino, Tommy, no es violación, al no haber chillado Lynne durante la agresión, es algo incluso más salvaje para esta última, ya que siente que las circunstancias sociales no le otorgan ni tan siquiera la dignidad de gritar. Es, por lo tanto, una violación tanto física como psicológica.

2 Entre el activismo feminista propugnado por Walker destaca su lucha contra la mutilación genital femenina, práctica desarrollada originariamente en Africa desde hace miles de años y que aún hoy en día es llevada a cabo en muchos países que se auto-denominan civilizados, como Francia, Alemania u Holanda, sin que sus dirigentes hayan podido hacer nada por impedirlo. Un interesante artículo a este respecto apareció recientemente (5 de Mayo de 1996) en *El País*, denunciando la situación de las minorías africanas en Europa y Estados Unidos. Estas prácticas, también denominadas como ablaciones, son continuamente repetidas en países de Africa Occidental. La actitud de Walker es también la de atacar esta práctica, como apunta Núñez en el número 7 de *Asparkía*.

ALICE WALKER COMO «WOMANIST»

Curiosamente, Walker no define su trabajo como el de una autora feminista, sino que utiliza el adjetivo «womanist» (mujeril, afeminado) para definir su trabajo. Siguiendo la segunda definición que ofrecen Kramarae y Treichler en su *Feminist Dictionary*, Walker define a Meridian (y en parte a sí misma), como «womanist» una persona que ama y comprende a otras mujeres, que aprecia y prefiere la cultura femenina, su flexibilidad emocional y su fuerza interior. La definición de «womanist» parece llevar implícito un proceso de observación del dominio masculino, pero desde la perspectiva de la comprensión, y manteniendo un diálogo interior intimista, como parecen querer apuntar algunos críticos, como Tuzylina Allan. Alice Walker no pretende en su obra establecer grandes juicios de valor sobre los hombres considerándolos, hasta cierto punto, meros ejecutores de actitudes tradicionalmente arraigadas en diversos países y civilizaciones.

Su denuncia, según algunos críticos, puede parecer tenue, pues personajes como Meridian y Lynne no buscan venganza en ningún momento, sino igualdad. Pero la totalidad de la obra está escrita como la representación de los pensamientos que hay en la obra de sus protagonistas, como un profundo tránsito interior por sus sentimientos y emociones. He aquí ese concepto de mirada interior con el que ciertos críticos han definido el estilo pausado, observador e intimista de Walker; una mujer mira a otras, desnudando su alma y mostrando su profundo amor y comprensión por sus personajes.

EPÍLOGO

Ya estamos casi en el siglo XXI y parece que por mucho que se hayan estudiado los orígenes de la violencia masculina, pocos autores han podido definir ni sus orígenes, ni esbozar cómo ha de ser atajada. Existe la necesidad de enseñar a las nuevas generaciones el significado del término igualdad. Su desarrollo hará que las diferencias y los abusos recibidos por las mujeres puedan ser atajados; como bien define Judy Mann, «debemos aprender a ver que existe una clara ligazón entre el niño de cuatro años que es jaleado tras intimidar a sus compañeros de juego y el marido que golpeará, años más tarde, a su esposa. Debemos darnos cuenta que existe una conexión directa entre el comportamiento de un muchacho de seis años que levanta la falda de una compañera en el patio del colegio ante las risas de sus amigos, y el joven que bromea ante sus colegas invitándoles a violar a la muchacha con la que está saliendo. Siempre que no se corrijan los comportamientos violentos de los varones en su edad más temprana se planta la semilla de posteriores comportamientos abusivos contra chicas y mujeres a medida que éstos se van haciendo más mayores».

Sin embargo tanto Walker como Mann parecen apuntar una salida racional: el concepto anteriormente citado de «womanist», de esa mujer que estudia las características propias de su sexo, las aprecia y las defiende. Es la observación de esos rasgos lo que buscan este tipo de autoras. Como bien comenta Mann no es lo mismo tener derechos similares y ser igual. El futuro de las doctrinas feministas no implicará, según esta autora, ser iguales a los hombres, sino ser reconocidas bajo una escala de valores similar, pero respetando las diferencias implícitas en cada sexo. Autoras como Walker parecen incluso llegar más lejos; tras trabajar en estudios denunciando la ablación (*Possessing the Secret of Joy, Warrior Marks Female Genital Mutilation and the Sexual Blinding of Women*), la autora comienza una segunda etapa de estrecha conexión con otras disciplinas artísticas, colaborando en la creación de videos documentales acerca de la violencia sufrida por las mujeres en los albores de un nuevo siglo alrededor del mundo. Será importante ver hacia donde dirige sus pasos Walker estos próximos años. Sus lectores estamos a la espera de una nueva lección de integridad, justicia y –por encima de todo– resistencia ante cualquier tipo de opresión, en esa ya larga carrera en defensa de los derechos de la mujer que a punto está de cumplir su trigésimo aniversario. Ojalá que su obra venidera mantenga la intensidad, el poder de observación, la pasión y los destellos intimistas a los que nos tiene acostumbrados.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLAN, T. (1995), *Womanist and Feminist Aesthetics: a Comparative Review*. Athens : Ohio University Press.
- BUTLER-EVANS, E. (1989), *Race, Gender and Desire: Narrative Strategies in the Fiction of Toni Cade Bombara, Toni Morrison, and Alice Walker*. Philadelphia: Temple University Press.
- CHRISTIAN, B.T. (1994), *Everyday Use*. New Brunswick, NJ: Rutgers.
- KRAMARAE, C., and Treicler, P.A. (1985), *Feminist Dictionary*. Boston: Pandora Press.
- MANN, J. (1994), *The Difference: Growing Up Female in America*. Washington: Warner.
- MILLETT, K. (1970), *Sexual Politics*. New York: Doubleday.
- MOLINER, M. (1994), «Una reflexión acerca de la psique de la mujer contemporánea a través de la voz femenina en la literatura. Las mujeres de Mercé Rodoreda». *Asparkía*, 4: 87-100.
- NUÑEZ, S.E. (1997), «Alice Walker: una voz que denuncia la mutilación genital femenina como ejemplo de literatura comprometida», *Asparkía*, 7: 77-90.
- PIERCY, M. (1980), *Vida*. London: The Women's Press.
- RUSSELL, S. (1992), *Render me my Song: African-American Women Writers from Slavery to the Present*. New York, St. Martin's Press.

- SHOWALTER, E. (1977), *A Literature of Their Own*. Princeton: Princeton University Press.
- STYRON, W. (1967), *The Confessions of Nat Turner*. New York: Random House.
- WALKER A. (1970), *The Third Life of Grange Copeland*. London: The Women's Press.
- WALKER, A. (1976), *Meridian*. London : The Women's Press Ltd.
- WALKER A. (1983), *In Search of Our Mothers' Garden*. London : The Women's Press.
- WALKER, A. (1983), *The Color Purple*. New York : Harcourt Brace.
- WALKER, A. (1992), *Possessing the Secret of Joy*. New York : Harcourt Brace.
- WALKER, A., and Parmar, P. (1994), *Warrior Marks: Female Genital Mutilation and the Sexual Blinding of Women*. New York : Harcourt Brace.
- WEBSTER, G. (1988), *American Literary Criticism: a Bibliographical Essay*. En E. García Díez (ed.) *American Studies in Spain*. Valencia : Tirant lo Blanc/Universitat de València.
- WRIGHT, R. (1940), *Native Son*. New York : Harper & Brothers.